

Las fuentes de la Teología dogmática

1. Una vez determinado el objeto de la Teología dogmática, el problema que ahora se nos presenta es ¿dónde podremos encontrar ese objeto?, es decir, tendremos que mostrar cuáles *son las fuentes o lugares* donde podemos hallar ese objeto (*loci theologici*).

Recordemos una vez más: las automanifestaciones divinas encontraron un cumplimiento cabal en Cristo; ahora bien, es en la Iglesia donde hallaremos a Cristo que sigue viviendo en ella, como cabeza estará presente en la Iglesia hasta el mismo día de la plenitud de los tiempos (*Mt. 26, 28*); actúa en ella por medio del Espíritu Santo, que es, por decirlo así, su mano y su boca. Mano, para operar los signos que en ella ejecuta; boca, para las palabras que por ella pronuncia. Igual que Jesús, durante su vida terrena, reveló a Dios directamente con su presencia y palabra; ahora el mismo Cristo, vuelto al silencio de su existencia celestial, pero presente siempre en la Iglesia, sigue anunciando las revelaciones divinas desde el día en que envió al Paráclito hasta el día de su segunda venida, al final de los tiempos. Por medio, pues, de la Iglesia, sigue comunicando al hombre, que vive en este lapso intermedio las automanifestaciones divinas. Es la Iglesia el instrumento de Cristo y del Espíritu Santo. Cristo vive solamente en la Iglesia por medio del Espíritu Santo, y así la Palabra o las automanifestaciones de Dios las hemos de encontrar en la Iglesia y no fuera de ella. En cierto modo, todos los miembros de la Iglesia son testigos de la Palabra de Dios, en tanto que en cada uno de ellos se patentiza la fe eclesiástica establecida por la Palabra del Señor. Mas este testimonio puede ir afectado de diversos errores y malentendidos. Sólo en el Magisterio, instituido por Cristo, encontraremos con absoluta pureza las revelaciones del Señor que Jesús nos anunció y sigue anunciando en la Iglesia a través de los siglos. El *Magisterio eclesiástico* es por eso el lugar donde el teólogo puede hallar pura e intacta la Palabra de Dios.

2. La Iglesia puede sólo anunciar las automanifestaciones divinas que Cristo le confiara; de ahí resulta que en sus enseñanzas tiene que atenerse al testimonio que de Dios nos legó Cristo. Ese testimonio nosotros solamente lo conocemos por el testimonio que los

Apóstoles dieron de su fe en Jesús, inspirados por el Espíritu Santo (*Jo.* 15, 27; *Act.* 1, 8); de donde se deduce que la sumisión a Cristo significa sujeción al testimonio de los Apóstoles. Este testimonio ha llegado a nosotros en la *Sagrada Escritura* y en la *Tradición oral no escrita*. Respecto a este particular, el Concilio tridentino enseña: «La Santa Asamblea eclesiástica sabe que este orden y esta verdad se hallan en libros escritos y en tradiciones no escritas que el Señor comunicó verbalmente a sus Apóstoles o que fueron transmitidas por los Apóstoles de esa misma manera, asistidos por el Espíritu Santo, llegando así hasta nosotros» (Ses. 4, 8 de abril de 1546, D. 783; NR. 80. Véase también *Vaticanum*, ses. 3, cap. 2, D. 1.787; NR. 87).

En la Sagrada Escritura el Espíritu Santo prometido a la Iglesia es el que da fe de Cristo, sirviéndole como instrumento la predicación cristiana de los testigos oculares del misterio y misión de Cristo. En la Tradición oral se manifiesta, vivificada por la predicación apostólica, la fe de la Iglesia, de la que es alma el mismo Espíritu Santo. Aunque la Sagrada Escritura sea en primer lugar un testimonio de Cristo perteneciente a un tiempo determinado—el tiempo de los Apóstoles—, en la Iglesia se convierte por la acción del Espíritu Santo en un testimonio de actualidad perenne. Por medio de la Escritura y sin intermisión, habla el Paráclito al Pueblo de Dios; la palabra de la Escritura es la voz que llama siempre y de nuevo a quien la oye o la lee. La afirmación paulina *fides es auditu* se cumple totalmente cuando el cristiano recibe de manos de la Iglesia la Escritura Santa que ella le presenta. De todo esto puede inferirse que la Iglesia avala y presenta el testimonio de Cristo transmitido por la Escritura y la Tradición.

3. De lo expuesto se deduce que la Teología dogmática encuentra el objeto de su estudio *directamente en la Iglesia y a través de la Iglesia en la Escritura Sagrada y en la Tradición oral*. Los problemas que, con respecto a lo que acabamos de decir, surgen, serán examinados brevemente teniendo en cuenta sólo las exigencias de una introducción al estudio de la ciencia de los dogmas.